

Segunda Parte

Génesis

Libro IX

El Profeta y Patriarca Job

Capítulo I

El Libro de Job

1. El Libro de Job es una sublime exaltación de la fidelidad y paciencia heroicas. Es, además, una muestra evidentísima de cómo Dios prueba a sus elegidos para acrisolarlos más en la virtud y para que, con su ejemplo heroico, resplandezca la gloria de Dios y quede patente que el dolor y la aflicción son compañeros inseparables en la vida del hombre y en el camino de la salvación. El mismo Job dice: *«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra»*. En la persona de Job se compendian, pues, las virtudes sobrenaturales más exquisitas, que han de enriquecer siempre el alma de todo siervo de Dios; pues, en el Libro de Job, se ve con perfecta claridad el estado de elevada santidad que poseía el Patriarca. La persona de Job es una figura del Cristo Doliente, entregándose totalmente a la voluntad de Dios.

2. Todo el excelso Libro de Job está escrito por el mismo Job, excepto el Prólogo que abarca los cinco primeros versículos del capítulo I, y el Epílogo, que va desde el versículo 7 del capítulo XLII hasta el final. El sabio Patriarca, en su Libro presenta un juicio de sí mismo a manera de diálogo entre varios personajes, cuando en realidad fue un monólogo. Por tanto, los discursos de los llamados tres amigos de Job, Elifaz de Temán, Baldad de Suhá y Sofar de Naamat, así como el del individuo conocido como Eliú, hijo de Baraquel Buzita, son en realidad reflexiones hechas por el mismo Job, pues dichos cuatro personajes nunca existieron. Lo mismo decimos de los discursos que Job pone en boca de Dios desde un torbellino, pues también son reflexiones del mismo Patriarca. En cuanto a los diálogos entre Dios y el diablo que aparecen al principio del Libro de Job, corresponden a una visión celestial alegórica tenida por el mismo Job.

Capítulo II

Primera etapa de la vida de Job

1. El Patriarca Job, era el decimotercer hijo del Santo Patriarca Jectán, el cual era hermano gemelo de Faleg. Jectán, cumplió con la ley que le entregó su padre Heber en el llamado Libro de Heber, y que él transmitió después a su descendencia. Jectán era, pues, adorador del Dios de Heber, o sea, del Único y Verdadero Dios. El Patriarca Job había nacido en el año 2976 en Ur de Caldea; y, por tanto, cincuenta años antes del hundimiento y separación de continentes que hubo durante los tres días de tinieblas. Job fue presantificado en el seno materno en el noveno mes de su concepción, habitando el Espíritu Santo en su

alma desde ese mismo instante y llenándole de otras Gracias y carismas especiales. Job, a la edad de treinta y cinco años se casó con Raca, de la descendencia de Faleg, con la que tuvo diez hijos, siete varones y tres varonas.

2. Job era, pues, hombre principal, sencillo, recto y temeroso de Dios, Quien le había dotado de todo aquello que, en el orden sobrenatural y humano, puede desearse en la Tierra para ser feliz; pues, además de los siete hijos y tres hijas tenidas con su esposa Raca, poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados; por lo cual era un varón importante entre todos los orientales. Dentro de la familia, reinaba la paz y el amor. Acostumbraban sus hijos a tener banquetes en sus casas, cada uno en su día, con motivo de distintas fiestas, e invitaban a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos. Mas, después de concluidos los días del convite, Job les llamaba a todos y les bendecía. Y, además, levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: *«No sea que mis hijos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones»*. Así procedía Job en todos aquellos días.

Capítulo III

Prueba y paciencia heroica de Job

1. Durante el año 3046, cuando el Patriarca Job tenía la edad de setenta años, sufrió las grandes pruebas. Pues, Dios, en sus planes inescrutables, para dejar a la posteridad un ejemplo de fidelidad y paciencia heroicas ante las adversidades, permitió que Satanás, envidioso de la felicidad de Job, asechase a éste con rabia inaudita. La actitud del demonio y la permisión de Dios, vienen vivamente expresadas en el siguiente misterioso diálogo entre Dios y Satanás, narrado en forma catequística por el Patriarca, conforme a la visión celestial alegórica que él tuvo, y que es de profundo contenido doctrinal. He aquí lo que nos narra el mismo Job: *«Sucedio que cierto día, cuando Dios estaba en presencia de sus hijos Bienaventurados, compareció también Satanás, a quien preguntó el Señor: '¿De dónde vienes?' Y respondió Satanás: 'Vengo de dar la vuelta por la Tierra, y de recorrerla toda'. Le replicó el Señor: '¿Y te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la Tierra, ya que es varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y apartado de todo mal?' Mas Satanás respondió: '¿Acaso Job teme y sirve a Dios de balde? ¿No lo tienes protegido por todas partes en su persona y en sus bienes? ¿No has bendecido el trabajo de sus manos, y has multiplicado así su hacienda sobre la Tierra? Pero, anda, deja sentir un poco sobre él la dureza de tu mano, y tócale sus bienes, y verás cómo maldice tu Nombre, y te despreciará en tu cara'. Dijo, pues, el Señor a Satanás: 'Ahora bien, todo cuanto posee lo dejo a tu disposición; sólo que no extiendas tu mano contra su persona'. Con esto, se salió Satanás de la presencia del Señor a ejecutar sus designios»*.

2. Tras esta visión alegórica, cayeron sobre Job espantosas desgracias, narradas por él mismo en su Libro: Cuando estaba Job en su casa, llegó un mensajero que le dijo: *«Mientras los bueyes estaban arando y las asnas pasciendo cerca de ellos,*

de repente llegaron hombres de la tribu de los Sabeos y se echaron sobre los animales, y lo robaron todo, y a los siervos tuyos los mataron pasándolos a cuchillo; y yo solo he podido escapar, y vengo a darte la noticia». Estando aún éste hablando, llegó otro hombre, y dijo: *«Ha caído del cielo fuego de Dios, y ha reducido a cenizas las ovejas y los pastores, y yo solo he podido escapar, y vengo a traerte la noticia».* Todavía estaba éste con la palabra en la boca, y entró otro diciendo: *«Gentes de los caldeos, divididas en tres cuadrillas, se han arrojado sobre los camellos, y se los han llevado, después de haber pasado a cuchillo a tus siervos, y yo he podido escapar, y vengo a darte el aviso».* Y mientras éste hablaba, llegó otro que dijo a Job: *«Estando comiendo tus hijos e hijas y bebiendo vino en la casa de su hermano mayor, ha venido de repente un huracán del desierto, que ha conmovido las cuatro esquinas de la casa, la cual ha caído, cogiendo debajo a tus hijos, que han quedado muertos; y yo solo he podido salvarme, y vengo a avisártelo».* Al oír Job tales infortunios, se levantó, rasgó sus vestidos, y habiéndose hecho rasurar el pelo de su cabeza, se postró en tierra y adoró al Señor, diciendo: *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré a la tierra. El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado: Se ha hecho lo que es de su agrado: Bendito sea el nombre del Señor».* En medio de estas desgracias, no pecó Job ni habló una palabra inconsiderada contra Dios.

3. Y, según se sigue narrando en el Libro, como viera Satanás que, a pesar de las desgracias acaecidas a Job, éste seguía bendiciendo a Dios en medio de sus infortunios, no se dio todavía por vencido en su infernal propósito, por lo que tramó otra manera más cruel de asechar al justo Patriarca; lo cual Dios lo permitió para que quedara una prueba aún más resaltante de la fidelidad y paciencia heroicas de Job. Según otra visión alegórica del Santo Patriarca, se originó otro misterioso diálogo intelectual entre Dios y Satanás, tal y como Job lo narra: *«Cierta día, cuando Dios estaba en presencia de sus hijos Bienaventurados, compareció también Satanás, a quien preguntó el Señor: ‘¿De dónde vienes?’ Y respondió Satanás: ‘Vengo de dar la vuelta por la Tierra, y de recorrerla toda’. Le replicó el Señor: ‘¿Y te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la Tierra, ya que es varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y apartado de todo mal, y que aún persevera en su perfección a pesar de que tú le has afligido con mi permisión?’ Mas respondió Satanás: ‘Siempre que se respete al hombre en su persona, todo cuanto posee lo dará de buena gana, con tal que no le toquen a la piel. Anda, pues, extiende tu mano y tócale en sus huesos y en su carne, y verás cómo te vuelve la espalda’. El Señor dijo entonces a Satanás: ‘Ahí le tienes, en tu mano le pongo, pero bien entendido que no te permito que le quites la vida’. Con esto, salió Satanás de la presencia de Dios».* Tras esta visión, Satanás hirió a Job con una repugnante y hedionda úlcera leprosa desde la planta de los pies hasta lo más alto de la cabeza; de manera que se vio obligado a alejarse de la gente, por lo que, sentado en un estercolero, con un casco de teja se rascaba la podredumbre y raía los gusanos que salían de sus llagas.

Capítulo IV

Heroico testimonio de Job ante su esposa

La primera mujer de Job, llamada Raca, que, en los tiempos de prosperidad de su esposo, se hallaba plena de euforia por la felicidad reinante en su familia, sin embargo, cuando vinieron las tremendas desgracias, se rebeló en su interior contra Dios, llegando incluso a maldecirle con blasfemias. Y según viene narrado en el Libro, viendo la mujer a Job en aquel lamentable estado, le dijo con ironía y malicia satánicas: *«¿Todavía permaneces tú en tu estúpida aceptación de la voluntad de Dios? Anda, ¡síguele bendiciendo, y muérete después! pues ya ves con qué crueldad te trata»*. Le respondió Job: *«Has hablado como una mujer necia; pues, si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?»* Y en medio de las mayores desgracias, no pecó Job ni habló una palabra inconsiderada contra Dios. Y el Santo Profeta, no sólo dio testimonio de aceptación y paciencia ante su malvada mujer Raca, sino también ante todos aquellos que le habían conocido en la prosperidad y ahora le veían sumido en las mayores desgracias. Raca, después de incitar a Job a maldecir a Dios, desearle la muerte y escuchar la sabia respuesta de Job que la llama necia, fue fulminada por Dios y arrojada en cuerpo y alma al infierno.

Capítulo V

Noche oscura de Job, con intervalos de luz

1. Casi un año, permaneció Job viviendo sobre el estercolero a las afueras de la ciudad. Según refiere en su Libro, él no comienza a hablar hasta pasados siete días de profundo silencio. Job rompe su silencio con un soliloquio inicial, al que siguen una serie de discursos que, aunque referidos a manera de diálogo, constituyen doctrinalmente un monólogo. Pues, es el Santo Profeta Job el que a sí mismo se habla y responde, unas veces lamentándose de su desgracia, otras recriminándose por sus posibles culpas, y otras con alegaciones en defensa propia. Mas, en cualquiera de los casos, hay siempre en sus palabras una exaltación de la majestad y bondad de Dios.

2. El monólogo de Job en medio de sus desgracias, es la sublime vivencia, en su alma, de una larga noche oscura suscitada por Satanás, con intervalos de luz clarísima por parte de Dios. Pues, el Patriarca, además de ser probado en su familia, en sus bienes y en su propio cuerpo, lo fue sobremanera en su espíritu con amarga desolación interior; pues, creía que sus desgracias materiales eran originadas por alguna falta oculta, de la cual él no tenía conciencia, pero que tendría que ser muy grave cuando así Dios le castigaba. Y el solo pensamiento de haber ofendido a su Dios y Señor, le sumía en tan amargo dolor, que le hacía prorrumpir desgarradores lamentos y maldiciones contra sí mismo y el día de su nacimiento, ya que deseaba ardientemente no haber nacido antes que ofender a su Dios, que tanto amaba. Mas, el Patriarca, en su monólogo interior, en medio de la terrible lucha que su alma mantenía consigo misma, proclama, con evidencia irrefutable, la justicia y santidad infinitas de Dios, y la nada y flaqueza del

hombre. Y toda esta afirmación va impregnada, a la vez, de la convicción de su propia inocencia y del profundo sentimiento de que lo bueno que recibe le viene de Dios sin merecerlo; y lo malo que recibe, le viene de Satanás mereciéndolo. Mas, en sus amargas quejas y recriminaciones contra sí mismo, Job habló siempre con rectitud, sin proferir palabra alguna ofensiva a Dios.

3. El Patriarca Job, en su excelso Libro, da comienzo a su relato con un sentimiento de propia culpabilidad por algún pecado grave oculto que él imaginaba hubiera cometido; y al que atribuía la causa de que Dios le castigara tan terriblemente. He aquí por qué, en aquella espantosa ofuscación espiritual de la noche oscura de su alma, abrió su boca y maldijo el día de su nacimiento, diciendo, entre otras cosas: *«¡Maldito, el día en que nací, y la noche en que se dijo de mí: Ha sido concebido un varón! Conviértase ese día en tinieblas: No haga Dios cuenta de él desde lo alto, ni resplandezca sobre él un rayo de luz, por no haber cerrado, en el seno de mi madre, las puertas de la fecundidad, ni haber sustraído a mis ojos tanta miseria. ¿Por qué no morí en las entrañas de mi madre: O no perecí al nacer? ¿Por qué hallé regazo que me acogiera y pechos que me amamantaran? Pues ahora muerto dormiría y reposaría en el silencio de la muerte. ¿Por qué razón fue concedida la luz a un desdichado y la vida a los que, como yo, la pasan en amargura de alma? Los suspiros son mi comida, y mis quejidos se derraman como aguas. No tengo tranquilidad, paz ni descanso, se ha adueñado de mí la turbación. La indignación de Dios ha descargado sobre mí»*. En este sublime y desgarrador lamento de Job, se evidencia el total y absoluto rechazo que él sentía contra el pecado; y por eso Job hubiera deseado no haber nacido antes que ofender a Dios.

4. Y como puede apreciarse en el curso de lo referido por él en su Libro, tras la noche oscura, Job, en un intervalo de luz espiritual, se recrimina por su desaliento mediante sabias sentencias que todo hombre debe tener muy en cuenta en los momentos de la prueba. He aquí algunas de sus reflexiones sobre sí mismo: *«Tú eras el que enseñabas a muchos y fortalecías a los agobiados; pues, tus palabras sostuvieron a los que vacilaban, y fortalecieron a los débiles. Mas, ahora que ha venido sobre ti la prueba, flaqueas en medio del abatimiento: Te ha tocado el Señor y te has conturbado todo. ¿En dónde está ahora tu confianza en Dios, tu fortaleza, tu paciencia, y la perfección de tus caminos?»* Y a esta meditación sobre su propia flaqueza, añade otras de gran consuelo para aquellos que, siendo fieles a Dios, sin embargo, son acrisolados por Él mediante múltiples aflicciones; pues, a la medida que Dios prueba a los justos, y estos corresponden generosamente, será luego su recompensa eterna. A diferencia de lo que sucede con los impíos, que si bien es verdad que suelen pasar con delicias mundanas los días de su vida y son ensalzados y colmados de bienes en este mundo, luego son castigados eternamente. He aquí algunas de las autorreflexiones de Job: *«Recapacita: ¿Qué inocente pereció jamás? ¿O cuándo los justos fueron castigados eternamente? Antes al contrario, lo que yo he visto es que, los que obran la iniquidad y siembran el mal, males reciben: Pues, perecieron al sople*

de Dios, y fueron atormentados eternamente por el fuego de su Justa Ira». Y, en otro momento, Job contrasta la Bondad Infinita de Dios con la miseria de la criatura: «¿Por ventura el hombre podrá tenerse por justo delante de Dios, o podrá creerse que es más puro que su Hacedor? Pues, he aquí que los mismos espíritus angélicos, creados para servirle, no fueron estables, ya que muchos de los ángeles prevaricaron. ¿Cuánto más el hombre, hecho de barro, lleno de fragilidad, y de cuerpo corruptible, podrá creerse irreprochable ante los ojos de Dios?» Job, pues, se goza del actuar providente y justo de Dios: «Bienaventurado el hombre, a quien Dios corrige: No desprecies pues la corrección del Señor, porque Él mismo hace la llaga, y da la medicina: Hierre, y sus manos curan».

5. Satanás, en continuo asecho contra Job a fin de inducirle a la desesperación, suscita en él el más acendrado sentimiento de propia iniquidad por su pasada vida; lo cual hace prorrumper en el Patriarca severas autorrecriminaciones que, aunque en él son infundadas, pues es hombre justo, sin embargo, han de tenerse muy en cuenta para evitar que Dios nos pueda decir en el día del juicio, aseveraciones como estas: «¿Será acaso por tu piedad por lo que Dios te castiga? ¿No será más bien por tu grandísima malicia, y por tus infinitas maldades? Pues tú sin causa sacaste prenda a tus hermanos, y al harapiento despojaste de sus vestidos. No diste agua al sediento, y quitaste el pan al hambriento. Con la fuerza de tu brazo poseías la tierra, y por ser más poderoso te alzabas con ella. Enviaste vacías a las viudas, y quebrantaste los brazos de los huérfanos. Por eso estás cercado de lazos, y te conturba súbito espanto». Mas, Job, a la sugestiva culpabilidad que le infunde Satanás, responde con un firme propósito de enmienda que, aunque en él es infundado, ha de servirnos de gran enseñanza, dada nuestra fragilidad. He aquí algunas de sus reflexiones: «Reconcíliate con Dios, y tendrás paz, y así recogerás los mejores frutos. Recibe de su boca la Ley, y graba en tu corazón sus palabras. Si, humillándote, vuelves al Omnipotente, serás restablecido, y alejarás de ti la iniquidad. El Todopoderoso te protegerá contra tus enemigos, y en sus brazos abundarás en delicias y lleno de confianza alzarás a Dios tu rostro».

6. Mas, como el sentimiento de propia culpabilidad sólo lo tiene Job cuando su alma se halla ofuscada, en otro intervalo de luz declara con sencillez su inocencia con palabras que evidencian la santidad de su vida, y que son de imitar por parte nuestra. He aquí algunas de sus autorreflexiones en las que se refleja su vida de santidad: «De joven hice pacto con mis ojos de no mirar, ni siquiera pensar, en una mujer virgen, porque de otra suerte, ¿qué comunicación tendría Dios conmigo desde arriba, ni qué parte me daría el Todopoderoso de su celestial herencia? ¿No está Él mirando mis caminos y contando todos mis pasos? Ni anduve con engaños, ni corrieron hacia el fraude mis pies, ni mi corazón se dejó seducir por mujer, ni negué a los pobres lo que querían, ni defraudé la esperanza de la viuda, ni comí solo mi bocado sin dar de comer de él al huérfano. Porque desde la infancia creció conmigo la misericordia: Y del vientre de mi madre salió conmigo. Mas, a pesar de mi inocencia, Dios sabe mi camino, y me ha acrisolado como el oro en el fuego. Sus pisadas siguió mi pie y su camino guardé, y no me

desvié de él. De los mandamientos de sus labios no me aparté, y en mi corazón guardé las palabras de su boca. Porque Él es el solo que subsiste por Sí, y nadie puede trastornar sus designios».

7. Mas, Job, aun reconociendo su inocencia, profundamente afligido por su presente infortunio, se desahoga con amargos lamentos, sin que, en ninguno de ellos, se vislumbre la más pequeña rebelión contra el plan divino de su personal prueba. He aquí algunas palabras entresacadas de su Libro: *«A Dios lloran mis ojos. Mi espíritu se va debilitando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro. No pequé, y sólo amarguras ven mis ojos. ¿Pero qué haré? Si hablare, no cesará mi dolor; y si callare, no se apartará de mí. Mas ahora me ha oprimido mi dolor, y a nada han sido reducidos todos mis miembros. Concentró su furor contra mí, y amenazándome, rechinó sus dientes contra mí: Con ojos terribles me miró mi enemigo. Abrieron sobre mí sus bocas, y zahiriéndome hirieron mi mejilla, se hartaron de mis penas. Me ha encerrado Dios en poder del inicuo, y me ha entregado en manos de los impíos. Me cercó con sus lanzas, hirió por todas partes mis lomos, no perdonó, y derramó por tierra mis entrañas. Mi rostro se hinchó con el llanto, y mis párpados se oscurecieron. Esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecía a Dios limpios mis ruegos. Oh, Señor, ¿por qué me ocultas tu Rostro y me consideras como enemigo tuyo?»* Y es tal la desolación que su alma atribulada se queja y clama en demanda de consuelo: *«¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con vuestras acusaciones? Pues si, como decís, yo he llegado a errar, mi yerro quedará conmigo para propia expiación. Mas vosotros, además, os levantáis contra mí, y me dais en cara con mis oprobios. Siquiera esta vez entended, que Dios no según tela de juicio me ha afligido, y ceñido con azotes. Ved aquí que clamaré padeciendo violencia, y nadie me oirá: Vocearé, y no hay quien haga justicia. Por todas partes han cerrado mi senda, y no puedo pasar, y en mi verdad pusieron tinieblas. Me despojó de mi gloria, y quitó la corona de mi cabeza. Se encendió contra mí su furor, y así me trató como a enemigo suyo. A mis hermanos hizo alejar de mí, y mis conocidos como extraños se apartaron de mí. Me han abandonado mis parientes: Y se han olvidado de mí los que me conocían. Los moradores de mi casa, y mis siervos me han tratado como a extraño, y he sido como un forastero a los ojos de ellos. A mi siervo llamé, y no respondió, por mi propia boca le rogaba. Mi mujer tuvo asco de mi hálito, y tenía que rogar a mis desaparecidos hijos de mis entrañas. Aun los insensatos me despreciaban, y en apartándome de ellos, decían mal de mí. Me han abominado los que en otro tiempo eran mis consejeros: Y aquel, a quien más amaba, me ha vuelto las espaldas. A mi piel, consumidas las carnes, se han pegado mis huesos, y sólo me han quedado los labios alrededor de mis dientes. Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado. ¿Por qué me perseguís como Dios me persigue, y os hartáis de mis carnes?»*

8. En otro momento de su Libro, Job recuerda su felicidad y prosperidad pasadas, que siempre las puso al servicio de Dios y del prójimo: *«¡Quién me*

diera, que yo fuese como en los meses antiguos en que Dios me guardaba! Cuando resplandecía su antorcha sobre mi cabeza, y a su lumbré caminaba yo entre las tinieblas. Como fui en los días de mi mocedad, cuando Dios en secreto moraba en mi tienda. Cuando estaba el Omnipotente conmigo, y alrededor de mí y mis hijos. Cuando lavaba mis pies con óleo, y la piedra derramaba para mí arroyos de aceite. Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaban asiento. Me veían los jóvenes, y se turbaban por respeto: Y los ancianos levantándose, se quedaban en pie. Me vestí de justicia, y me revestí de mi equidad, como de manto y de diadema. Ojo fui para el ciego, y pie para el cojo. Padre era de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no entendía. Quebrantaba las muelas del inicuo, y de sus dientes sacaba la presa. Si quería ir a ellos, me sentaban en el primer lugar; y estando sentado como un rey, rodeado de gente armada, era no obstante el consolador de afligidos».

9. Y en contraste de su felicidad y prosperidad pasadas, Job describe después su presente desdicha, usando para ello frases sumamente desgarradoras, mas, sin menoscabo de su heroica paciencia y sometimiento a la voluntad divina: *«Mas, ahora he venido a ser el objeto de irónicos cantares y de escarnios por parte de los hombres. Abominan de mí, y huyen lejos de mí, y no tienen reparo de escupirme en la cara. Porque Dios abrió su aljaba, y me afligió, y puso freno en mi boca. En la flor de mi prosperidad, se levantó luego contra mí un tropel de calamidades que me derribaron por tierra, y echándoseme encima como una inundación me han oprimido. He quedado reducido a la nada. Tú, oh Dios mío, has arrebatado como viento todo lo que yo más amaba, y mi prosperidad ha pasado como una nube. Y ahora, dentro de mí mismo se marchita mi alma, y me poseen días de aflicción. De noche mis huesos son taladrados de dolores, y los gusanos que me roen no duermen. Con la multitud de estos se consume mi vestido, y me han ceñido como con cabezón de túnica. Soy reputado como lodo y asemejado al polvo y a la ceniza. Clamo a ti, oh Dios mío, y Tú no me oyes. Estoy en tu presencia, y ni siquiera me miras. Me elevaste, y como poniéndome sobre el viento me has estrellado con violencia».*

10. No obstante el imperioso asecho de Satanás, induciendo a Job a la desesperación, para que sucumba en medio de la prueba, su intento fue completamente inútil, ya que el alma del Patriarca estuvo siempre fortalecida por la esperanza en Jesucristo Redentor: *«¿Quién me diera que mis palabras fuesen escritas? ¿Quién me diera que se imprimiesen en un libro con punzón de hierro, o en plancha de plomo, o que con cincel se grabasen en pedernal? Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios. A quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro: Esta, mi esperanza, está depositada en mi pecho».*

Capítulo VI

Dios devuelve al Profeta y Patriarca Job la felicidad pasada con creces

1. Después que Dios se vale de Job para dejar ante el mundo el testimonio de su heroica paciencia, le devuelve al Santo Patriarca la felicidad y prosperidad pasadas, pues le restablece en la salud y le premia con bienes acrecentados dándole el doble de cuanto había tenido. Vinieron luego a verle todos sus hermanos, hermanas y parientes, y cuantos antes le habían conocido y tratado; y comieron con él en su casa, y le dieron muestras de su tierna compasión, consolándole por todas las tribulaciones que el Señor le había enviado, y le dio cada uno de ellos una oveja y un anillo de oro.

2. Y como su primera mujer, la malvada Raca, había sido castigada por Dios con la muerte, Job se casó a los setenta y un años con Celeste, con la que tuvo diez hijos: Siete varones y tres varonas. A los ciento cuarenta años de edad, enviudó nuevamente; por lo que Job, a la edad de ciento cuarenta y un años se casó por tercera y última vez con Áurea, con la que tuvo diez hijos: Siete varones y tres varonas. A estas tres hijas les puso por nombre: A la primera Diana, a la segunda Casilda y a la tercera Cornelia. Y no hubo en toda aquella tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job; y las hizo entrar su padre en la parte de la herencia como a sus hermanos. Y Job llegó a tener catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes y mil asnas. Vivió Job, después de estas cosas, ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y nietos hasta la cuarta generación, llegando a conocer a su biznieta Lía, esposa de Taré, y a su tataranieto Abrahán, cuando éste tenía dos años de edad. Job entregó a sus descendientes el Libro de Heber y su propio Libro. El Santo Profeta y Patriarca Job murió ya muy anciano, a la edad de doscientos diez años, en el año 3186, una semana antes de Áurea.

3. Las Santas Matriarcas Celeste y Áurea, esposas de Job eran de la descendencia de Faleg. Entre los descendientes del Santo Job, hemos de resaltar a los tres Santos Reyes Magos que adoraron al Niño Jesús en el Portal de Belén.